



dar nada estable, é hicieron inútiles todos sus triunfos. Uno de los rasgos más salientes del carácter de Demetrio es su amor y su respeto á su padre. Un dia que Antígono daba audiencia á los embajadores, Demetrio, que volvia de caza, le saludó besándole, y se sentó cerca de él sin dejar los dardos de la mano. Como los embajadores salieran al mismo tiempo, Antígono los llamó y les dijo: «Decid á vuestros señores cómo vivimos mi hijo y yo.» Los proyectos de Demetrio eran gigantescos; sólo le halagaba el imperio universal, que fué el sueño de su padre y el ideal de Alejandro. Éste y su padre no pudieron realizarle; ¿podría él conseguirlo con sus 500 galeras y sus 110.000 soldados?

Al tener noticia de un armamento semejante, los reyes griegos creyéronse amenazados, y formaron una liga. Ptolomeo desembarca en Grecia y la subleva; Lisímaco invade la Macedonia por el Norte, y Pirro llega por el Occidente para recibir á todo el ejército macedonio, que se habia sublevado.

Todo habia concluido para Demetrio, que tuvo que refugiarse primero en Casandria, y despues en la Grecia Central. Todo le faltó; no sirviéndole de nada haber dado libertad á los tebanos ni el unirse á su hijo Antígono de Goni. Aténas, su fiel Aténas, le hizo traicion, «y se complació en ver pasar al rey de Macedonia vestido sencillamente, sin ninguna insignia ni señal de su dignidad.» Lisímaco y Pirro se repartieron la Macedonia.

Desesperado, abandonado el *conquistador de ciudades*, pasó al Asia, se desgració su empresa contra la Caria y fué derrotado en Cilicia por Seleuco.

Errante entónces y vagabundo por los bosques y montañas de Amano, se vió obligado á entregarse al rey de Siria; Seleuco le mandó encerrar por toda su vida en un castillo real. Desde entónces parece como que se agotó toda la energía de este hombre; tan activo y emprendedor otras veces, se entregó ahora al desorden y á la inaccion; el vino y los placeres de la mesa le mataron á los dos años (286).

Esta muerte sirvió de pretexto para una nueva division. Habia solamente tres grandes reinos: Seleuco y Ptolomeo tomaron todo el

Oriente; Lisímaco una parte de la Macedonia; lo demas correspondió al rey del Epiro.

Pero Pirro perdia las provincias tan fácilmente como las ganaba, y por otra parte, los macedonios no eran los griegos inconstantes y volubles por naturaleza. El ascendiente de Lisímaco, los recuerdos de Alejandro, hicieron variar los espíritus, y Pirro, abandonado completamente por la falange, se retiró entre los molosos. Estos eran adictos á su persona. «*Si yo soy un águila* (les decia), *como vosotros me llamáis, lo soy por vosotros; vuestras armas son mis alas*. Tarento le llamó y fué á luchar contra Italia *con sus dos cuernos de carnero* (1). «Sus elefantes llenaron de terror á los romanos, porque los creian ingenuamente bueyes de la Lucania.» Triunfó en la lucha; pero *la victoria fué de tal naturaleza, que, con otra igual, se exponia á volver solo al Epiro*. Esto es lo que le sucedió despues de la conquista de Sicilia.

Por consiguiente, Lisímaco no debia quedar dueño de la Macedonia.

El famoso fundador del reino de Egipto, el hábil Ptolomeo, acababa de morir. Este hijo bastardo de Filipo, que tenia todas las cualidades de su padre, habia cumplido su destino con una admirable destreza: habia hecho de su dinastía una dinastía nacional, una dinastía faraónica. Estaba representado en las paredes de su templo á continuacion de Ramsés. Pero no habia descuidado, sin embargo, el engrandecerse, aliándose siempre con los que le ofrecian seguridad de buen éxito, ganando en todas las divisiones ó reparticiones: habia cifrado su prosperidad sobre los griegos y sobre Alejandría tanto como sobre los egipcios y sobre Tébas. Favoreciendo todos los cultos, asociando el Serapis de Sinope á la antigua Amu-Ra, erigiendo templos magníficos y ricas bibliotecas, fundando academias para los sabios y la torre de faros para los navegantes, conservando la antigua division de los *nomos* (egipcios) y transportando á los griegos, y por último, protegiendo el comercio y la agricultura, asistió en

(1) Su casco estaba armado de dos cuernos de carnero (Plutarco, *In Pirro*), á semejanza de Alejandro.



vida á su apoteosis. Adorado como un dios en las ciudades de Mesrain, dejaba un reino tranquilo y floreciente, y su hijo querido, Ptolomeo Filadelfo, el segundo de los Lagidas, reinaba desde la Etiopia hasta Cartago, la Arabia y los confines de la Fenicia.

De todos los generales de Alejandro no quedaban ya más que Lisímaco y Seleuco. Estos dos ancianos no pudieron disfrutar en paz de las conquistas que habian comprado tan caras.

Se ha dicho que la memoria del gran rey tenia algo de contagiosa. Seleuco aspiraba al imperio universal como Pérdicas, como Antípatro y como Antígono. Su ambicion crecia con la edad; conocia que habia sido injusto abandonando la gran Babilonia, este centro natural del Oriente, por su Antioquia del Asia Menor, por la ciudad griega que él mismo habia fundado. Pero no se habia podido acostumbrar al clima del Eufrates, porque el genio helénico le inclinaba al mar; por otra parte, habiase predicho de Babilonia que las bestias feroces tendrian en ella su guarida, y en efecto, la antigua ciudad se convirtió en un bosque de caza, donde los reyes conservaban los leones y los tigres.

Seleuco, sin embargo, se acercó á los rios; su nueva ciudad, su Seleucia, edificada á cuarenta millas de Babel, se extendia sobre las márgenes del Tigris como un águila con las alas desplegadas (1), y llevó á ella los pocos habitantes que habia ya en Babilonia. Una inundacion acabó de dejarla desierta. Así se cumplia la palabra del Dios Todopoderoso: «Esta soberbia ciudad, orgullo de los caldeos, será destruida, y el árabe no se atreverá á levantar en ella su tienda... Sus palacios se llenarán de dragones, y habitarán allí avestruces y saltarán allí peludos» (2).

Seleuco se disponia á realizar grandes cosas. Seguro de la fidelidad de las provincias de la Alta Asia, cuyo gobierno dejaba á su hijo Antioco con el título de rey, intentó apoderarse del Asia Menor. Esto era dar un paso más

hacia el trono de Alejandro, aprovechándose de las disputas de la córte. Despues se presentó como el vengador de la mujer é hijos desheredados de Lisímaco y de Ptolomeo Cerauno, hermano del rey de Egipto, tambien desheredado, y reclamó en su nombre.

Hasta Sardes todo se le sometió. Las poblaciones y los gobernadores de provincia salieron al encuentro de Seleuco; la defeccion era general. Lisímaco se puso en movimiento, y los dos rivales se encontraron en Ciropedion. Era curioso en extremo ver á los dos veteranos de Alejandro, ambos reyes septuagenarios, combatir al frente de sus tropas con la impetuosidad de sus juveniles años, y traer á la memoria con su valor las hazañas de Isso y de Arbelas. Lisímaco cayó herido de un golpe de lanza; era la última piedra de su casa: antes que él habian muerto quince hijos suyos.

Seleuco triunfó y fué proclamado *vencedor de vencedores*, recibiendo el título de Nicator.

El glorioso rey de Siria veia todo el imperio sometido: un paso más y realizaba lo que tantos otros no habian conseguido, el sentarse en el trono de Pella.

El puñal asesino destruyó sus planes ambiciosos; el cobarde Cerauno, á quien él habia dado acogida para salvarle de un peligro inminente, le hirió por la espalda cuando examinaba con religiosa atencion un altar antiguo, que segun la tradicion representaba un monumento de la expedicion de los argonautas (1) (279).

Así murió el último de los heroicos generales de Alejandro, verdaderos hijos de sus victorias. De todos ellos Seleuco era el más valiente y el de genio más levantado. Este gran príncipe, que fundó más de sesenta ciudades, que ponía gran cuidado en enviar á Aténas las estatuas robadas por Jerjes y la biblioteca de Pisistrato y que llevaba consigo los poemas de Hesiodo, fué reconocido como dios por los pueblos y se levantaron templos á este «nuevo Baco» (2), cuyos cuernos de carnero causaban mie-

(1) Visconti, *Iconografía griega*, t. II, Seleucidas.

(2) En todas sus medallas se le representa con una diadema adornada con dos cuernos de carnero, á semejanza de Baco y de Alejandro.

(1) El plano de la ciudad tenia esta figura. Véase á Visconti, *Iconografía griega*: Seleucidas.

(2) *Isaias*, cap. XIII, v. 22.



do al Oriente, á este mortal cuya noble fisonomía reflejaba la bondad, el valor y la magnanimidad.

Lós pueblos asiáticos conservaron el recuerdo de este rey poderoso, y á muchos hechos se les hace datar de la famosa era del cornudo *Terik, d'hul Karnain* (3).

Con Seleuco fracasó toda tentativa de imperio universal. El último de los compañeros de Alejandro llevó á la tumba la esperanza de heredar la obra de su maestro. Se había hecho imposible para siempre toda clase de unidad: nadie podía intentarla, ni siquiera pensar en ella.

Era preciso, en efecto, haber vivido en la escuela del gran conquistador para continuar sus proyectos. Los ambiciosos vulgarés eran incapaces de realizarla; así es que en las vastas empresas de los generales macedonios, en las tentativas de Pérdicas, Antipator, Antígono, Demetrio y Seleuco, había un reflejo del genio de Alejandro.

Cuando murieron todos, sólo quedó de esta época memorable un recuerdo de admiración y de terror: se tuvo por divinidades á estos seres que ambicionaron la dominación del mundo. El universo parecía pequeño para contenerlos: en derredor del dios Alejandro se agruparon todos estos dioses secundarios, que nacidos á su sombra, habíanse dividido sus despojos, y sus degenerados hijos no pensaron más que en levantarles altares. El culto les dispensaba de la imitación.

Por otra parte, para proseguir la obra de Alejandro, eran necesarias fuerzas más que humanas, y si los grandes capitanes que la intentaron despues de él no pudieron conseguirla, ¿habrá alguno bastante presuntuoso para creerla posible todavía?

El obstáculo procedía de más alto que de la humanidad: no hay genio que pueda luchar contra los designios providenciales: sólo el pueblo romano debía subyugar el universo.

Por todas partes se operaba un movimiento de disolución general. Apenas sucumbió Seleuco, último representante de la unidad macedo-

(3) Visconti, loc., cit.

nica, todo se fraccionó. La Grecia se hace libre cuando iba á sujetarla, Macedonia la hereda su asesino, y el Asia Menor y la alta Asia recobran su independencia. La vasta dominación que fundó se escapa de las manos de sus inhábiles y desgraciados sucesores. En Oriente y en Occidente veinte pueblos proclaman su independencia y se constituyen en otros tantos reinos. Entre las pretensiones de estas nuevas nacionalidades que quieren vivir la vida de su libertad reconquistada, y las de las dinastías nacidas de la conquista macedónica que reivindican para sí la obediencia al derecho de la victoria, da comienzo una lucha larga, encarnizada, incesante. Por todas partes se ven discordias, crímenes, guerras y desastres, hasta que al fin, debilitados, aniquilados los dos partidos, caen bajo el poder de Roma.

La muerte de Seleuco era un acontecimiento de grande importancia; el puñal de Ptolomeo Cerauno había destruido su imperio. Desde este momento todo se puso en cuestión, y la dominación sostenida por el talento y el genio del «vencedor de vencedores» se desplomó de repente.

Casi hubo entónces una nueva desmembración del imperio de Alejandro sobre á quién debía pertenecer el Occidente y á quién el Oriente. Pretendientes no faltaban. El hijo del rey de Siria no tenía ni el genio ni las fuerzas suficientes para reemplazar á su padre. El débil Antioco se conformó con el Asia; la carga era bastante pesada para sus brazos, así es que dejó á sus rivales que se disputáran el Occidente.

La decadencia empezará muy pronto en el mundo de Alejandro. La separación de Grecia y Asia está ya manifiesta; cada una de estas comarcas es un campo abierto donde se ventilan las cuestiones particulares, donde combaten y se destruyen las ambiciones secundarias. Vamos á trazar rápidamente los rasgos principales de esta lucha, en la que se ven algunos nobles esfuerzos, donde brillan por un momento ilustres nombres y caracteres generosos: inútiles tentativas, esfuerzos desesperados en favor de una causa perdida, barrera impotente contra los designios eternos.

CAPITULO IV

Siria y Egipto.—Antioco Soter: decadencia del imperio de los Seleucidas.—Invasión de los galos.—Guerra de Antioco contra Ptolomeo.—Reinado de Ptolomeo Filadelfo.—La versión de los Setenta.—Fin de Antioco Soter.—Antioco Théos.—Ptolomeo Evergetes y Seleuco II.—Seleuco III.—Egipto bajo Ptolomeo Evergetes.—Decadencia de la Siria y del Egipto.

«Si se supiera cuán difícil es reinar, decía Seleuco lleno de grandeza y de gloria, nadie se dignaría ni áun recoger la corona que se le ofrece en su camino.»

En efecto, la corona de Asia, ceñida á su frente, era un funesto presente que legaba á su raza. Despues de él ninguno fué bastante fuerte para llevarla, ni tuvo el valor suficiente para defenderla; así es que su hijo Antioco fué el primero que no estuvo á la altura de su destino, sin embargo de haberse educado en la escuela de su padre.

La decadencia comenzó en él, y con gran deshonra del *gran rey* de Oriente, Filetero, eunuco de Macedonia, se hizo independiente en la pequeña ciudad de Pérgamo, ensayando así la desmembración de la monarquía de los seleucidas. Por otra parte los pueblos no estimaban á Antioco, porque en vez de vengar la muerte de su padre, hacia alianza con el asesino, porque perdía un ejército contra la Bitunia y retrocedía ante Eumenes, sucesor de Filetero.

Fué preciso la invasión extranjera para restablecer al rey en la opinión pública. Los galos, esos infatigables corredores del mundo antiguo, habían penetrado hasta el Asia.

Estos bárbaros, á quienes Alejandro calificó de *pueblo arrogante*, y al que los reyes sus sucesores emplearon en sus ejércitos, se habían

cansado de vencer para otro. Nuevas tribus de emigrados llegaron de la madre patria; se determinó hacer una grande expedición, pero mientras las dos divisiones del ejército general se arrojaban sobre la Península helénica y robaban con Benno á la cabeza, el templo sagrado de Delfos, un cuerpo rebelde emprendió nuevas conquistas. Dirigido por Lut-Herr y Leonor (1), estas bandas de galos recorrieron las costas á lo largo y se apoderaron del Quersoneso de Tracia. Desde allí, como desde un fuerte, caían sobre las ciudades griegas y las devastaban á su placer. Pronto el clima y las riquezas del Asia les hicieron caer en la tentación de establecerse allí. Lut-Herr robó dos grandes galeras y tres pequeños barcos á los embajadores de Antígono de Macedonia, y haciéndoles bogar día y noche, atravesaron en seguida el Bósforo con todo su ejército.

Al desembarcar, Nicomedes, rey de Bitunia, les recibió como auxiliares que podían serle útiles, y les dió tierras y ciudades; y los tolistoboyos, tectosagos y trocmos se establecieron en las costas orientales. Dueños del Asia Menor, la sortearon y se extendieron como un enjambre, cubriéndola de líneas de defensa. «Una horda de galos estableció su plaza de ar-

(1) Tito Livio, lib. XXXVIII.